

LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA.

Redaccion y administracion, calle de San Cristóbal n.º 7, entresuelo.

SUMARIO.

¿Hay un Dios único?—Mentira y Desobediencia. Cuento.—Armonías religiosas. V. El adios al convento. La monja.—En el puerto. Memorias de un navegante del mar de las pasiones.—Mesa revuelta.

A este número acompaña la entrega 7.ª de *Los Mártires*.

¿HAY DIOS UNICO?

La contestacion á la pregunta que sirve de epígrafe á este artículo, se deriva necesariamente de la contestacion á esta otra:

¿Quién es Dios?.....

Pero ¿quién sabrá contestar dignamente cuando así sea interrogado? ¿quién sabrá dar una definicion exacta de lo mas grande, de lo mas digno, de lo mas santo, de lo mas noble, de lo mas escelso, de lo mas encumbrado, de lo mas incomprensible? ¿quién podrá comprender en su mente y espresar con su palabra al que no pudieron comprender los Agustinos, los Gregorios, los Ambrosios, los Basilio, los Bernardos y otros célebres ingenios?

¿Empeño raro! Pretender que el hombre dé una exacta definicion de Dios, es creer que lo grande puede ser comprendido por lo pequeño, lo inmenso por lo limitado, lo infinito por lo finito; es creer que el efecto es superior á la causa, la criatura al Creador, el racional á la razon suficiente, la obra al autor; es creer, en fin, que en la oscuridad de las tinieblas está la claridad de la luz, en el sofisma de la mentira la belleza de la verdad, en la hediondez del vicio la hermosura de la virtud, ó lo que es lo mismo, en la pequeñez del hombre la inmensidad de Dios.

¿Os parece posible que una gota de agua contenga los anchos mares, que un rayo de luz eclipse todos los astros, ó que un grano de arena circunde la tierra toda? ¿No? Pues menos posible es que el hombre, débil, pequeño, ignorante, impotente, pueda comprender y definir á Dios que es Fuerte, á Dios que es Grande, á Dios que es Sabio, á Dios que es Poderoso.

Hé aquí por qué el preclaro ingenio africano confesaba no saber contestarse cuando se preguntaba: ¿quién es Dios? porque por mas que ensalzase sus perfecciones, siempre estarían sus palabras muy lejos de la grandeza de ellas.

Sin embargo, nosotros, como filósofos y como articulistas, debemos dar una solucion al tema que dice:

¿Hay Dios único?

Y para daria debemos contestar antes á esta pregunta:

¿Quién es Dios?

Dios es un Ser supremo, infinitamente perfecto; mejor ó mas perfecto que El no puede existir ni imaginarse cosa alguna, y por lo mismo la idea de Dios incluye en si el ser absoluto y necesario.

Hagamos una paráfrasis sobre esta resolusion:

Dios es un Ser supremo; es decir, un ante sumo, el superior, el mas escelente, la causa de las demás entes, y por lo mismo anterior á todos ellos, sin principio, increado, eterno con eternidad propia, como dicen los metafísicos.

Infinitamente perfecto: esto es, que en Dios se hallan todas las perfecciones, todas las realidades posibles; que en Dios se encuentran los atributos de unidad, inmutabilidad, independencia, simplicidad, inmensidad y eternidad; distintivos que le convienen absolutamente como Ser Supremo; y la omnisciencia, el amor, la libertad, la omnipotencia, la justicia, la misericordia, la providencia, atributos que le convienen relativamente como Creador y conservador de los demás seres....

Mejor ó mas perfecto que El no puede existir ni imaginarse cosa alguna. Efectivamente; si Dios posee todas las perfecciones y las posee en un grado superlativo, eminente, infinito, ¿cómo ha de existir cosa mejor? ¿Cómo ha de imaginarse cosa mas perfecta? Afirmar esto, sería afirmar que lo ilimitado tiene límites, que lo inmenso puede medirse, que lo inmortal conoce la muerte.

Además, ¿un ser es el mas perfecto de todos, ó no lo es?

Si no lo es, habrá otro que sea el mas perfecto.

¿Y quién es el ser mas perfecto?

El Ser Supremo.

¿Y quién es el Ser Supremo?

Ya hemos visto que es Dios.

Luego Dios es el mas perfecto de todos los seres; luego no puede existir ni imaginarse cosa alguna mejor ó mas perfecta que Dios.

Pasemos al último miembro de la definicion.

La idea de Dios incluye en si el ser absoluto y necesario. De manera, que al pronunciar la palabra Dios, pronunciamos el nombre de un ser sobre todos los seres; cuyo poder todo lo sujeta; cuya sabiduría todo lo abarca; cuya mirada todo lo penetra; cuya voz en todas partes se oye: un ser para quien no existen ni tinieblas en el pasado, ni engaños en el presente, ni dudas en el porvenir; un ser contra el cual no aprovechan las armas del guerrero, ni las evasiones del criminal, ni los sofismas del erudito; y un ser, en fin, que de tal manera es necesario, que su no existencia es absolutamente imposible, puesto que existe en fuerza y necesidad de su esencia.

Reasumamos: Dios es supremo, perfectísimo y necesario.

¿Podrá haber dos seres que reúnan estas mismas condiciones? De ninguna manera. Los atributos de Dios no pueden admitir la pluralidad de seres, porque si la admitieran dejarían de tener la supremacía, la superioridad que los caracteriza; dejarían de ser atributos divinos; y Dios no sería el Ser Supremo, no sería Dios; lo cual en sana lógica es un absurdo, porque *nihil potes esse simul et non esse*.

De todo lo cual se deduce, que si los atributos divinos no pueden hallarse mas que en un ser, no podrá existir mas que un Dios; pues como la verdad no puede ser mas que una, la justicia no puede ser mas que una, y la religion verdadera, necesariamente ha de ser una; así tambien la fuente de donde emana esa verdad, la base en que se apoya esa justicia y el Legislador Supremo que impone esa religion no puede ser mas que uno, inmutable como sus perfecciones, eterno como su existencia.

No puede, pues, haber dos fuentes de verdad, dos bases de justicia, dos Legisladores Supremos.

Consecuencia inmediata: no puede haber dos dioses.

Consecuencia final: hay Dios único.

JOSÉ MANUEL BLAT.

MENTIRA Y DESOBEDIENCIA.

CUENTO.

D. Juan, antiguo coronel de milicias provinciales, tenía un hijo llamado Ricardo, de unos diez años de edad.

La naturaleza había prodigado á Ricardo todos sus dones, condicion que aumentaba quilates de valor para que el veterano idolatrara á tan hermoso niño.

Pero estas dotes estaban oscurecidas porque Ricardo era desaplicado é incorregible. No pensaba mas que en jugar y distraer su imaginacion en cosas fútiles y peligrosas.

Mas como quiera que su padre conoció desde luego el lado feo de su hijo, usaba con él mucha severidad, de manera que quieros que no todas las noches le hacia estudiar bien las lecciones que su maestro le señalaba.

Un día al anochecer tuvo necesidad D. Juan de salir de casa con objeto de arreglar un asunto urgente. Antes de marchar llamó á su hijo, y con tono sumamente cariñoso, le dijo:

—Ricardo mío, ya sabes que no gusto de que te acuerdes sin saber las lecciones del siguiente día: esta noche me es imposible que las aprendas á mi lado, por lo cual te encargo no dejes de estudiarlas, porque cuando vuelva te las tomaré, y si haces alguna falta, cree que me causarás un disgusto.

Marchó D. Juan, y Ricardo, tan luego como se vió solo con su bondadosa mamá, comenzó por pasar hojas y hojas de un encuadernado libro que entre manos tenía.

La casualidad hizo que fijase su vista en una lámina en la cual estaban grabadas varias figuras geométricas, y se le ocurrió recortarla, para lo cual, tomando por asalto el costurero de su mamá, cogió unas tijeras.

Y Ricardo, tijera en mano, recortando un triángulo, después una elipse, un cua traído, un círculo y un trapecio, se olvidó que el tiempo transcurría insensiblemente; acababa de oír que en el reloj vecino daban las ocho: ¡dos horas que su padre había salido, y no sabía una palabra de sus lecciones!

Asustado con las funestas consecuencias que aquello podía tener para él, guardó las tijeras, recogió con sumo cuidado los recortes del papel y los arrojó al jardín por una ventana.

Ya se disponía a estudiar su lección de gramática, cuando oyó la voz de su padre: faltóle el tiempo para marchar á otra habitación, y el acaso le llevó á la cocina.

Y allí Ricardo comenzó á dar desahogados gritos y á llorar. Sus padres al oír la voz de su hijo corrieron en su busca y le encontraron tendido en el suelo.

El picaresco, sin vergüenza ninguna les dijo entre sollozos que al llegar á la cocina había resbalado, y al caer se había desconcertado un brazo.

Sus buenos papás se asustaron mucho, colocaron á su hijo en la cama, y mandaron llamar al médico. Llegó á poco el doctor y examinó con atención el brazo derecho que le presentaba el niño.

El médico no vió sintoma alguno.

Y ello no obstante, Ricardo chillaba á mas y mejor, por lo cual ordenó hasta el otro día que se le aplicase en el antebrazo una cataplasma.

Reconocido nuevamente el brazo al siguiente día no vió tampoco el médico señal de inflamacion ni fractura, pero en vista de que el paciente continuaba quejándose, dispuso que continuase el mismo tratamiento.

Y pasaron tres días.

Ricardo estaba aburrido de estar en la cama, pues no sabía cómo arreglarse para continuar aquella farsa, así es que á fin de no escitar sospechas, tan luego se acercaban al lado que suponía tener el dolor, seguía gritando.

Al ver el facultativo que el brazo dolorido presentaba tan buen aspecto como el otro, sospechó que fuese alguna treta del muchacho para evadirse de ir al colegio; le entretuvo durante la cura con unas fotografías que llevaba en los dedos de su reloj, y le aplicó la cataplasma en el brazo izquierdo.

Al siguiente día y á la hora de costumbre volvió el médico con deseos de ver en qué paraba aquella rara dolencia.

Acercóse al lecho seguido de la madre de Ricardo y desató con mucho cuidado la venda, y no obstante tal precaucion, hizo que nuestro niño die- e lastimosos ayes.

—¿Le hace á V. daño?

—Mucho mas que ayer, contestó Ricardo.

—Y el otro brazo, bueno, no es verdad?

—¡Ya lo creo!

Y comenzó á dar vueltas al brazo derecho.

—¡Milagro, milagro! dijo el doctor, vea V. qué milagro, Doña Eduvigis; hace cuatro días que nos afanamos por curar á este picaresco, y hoy lo he conseguido, aplicándole ayer la cataplasma en el brazo bueno. ¡Oh qué caso mas raro! voy á hacer que se consigne en los anales de la cirugía, porque esto es una cosa prodigiosa.

Y mudando de tono, añadió:

—Pero lo que mas siento es, que este mal sea sintoma de otros mas graves: que será preciso que VV. como padres cuiden mucho.

Tomó su sombrero y salió de la habitación arrojando sobre Ricardo una severa mirada.

Supo D. Juan lo ocurrido, mandó levantar inmediatamente de la cama al niño maulon, y le tuvo ocho días á pan y agua, haciéndole al propio tiempo estudiar las lecciones atrasadas.

Aprendiólas Ricardo, y prometió en lo sucesivo obedecer ciegamente á sus padres, al par que no volver á mentir en toda su vida. Así lo cumplió y fue un niño querido de todos, pero nunca pudo ver sin sonrojarse al doctor que le había curado, pues su presencia le recordaba dos faltas graves: la *Mentira* y la *Desobediencia*.

ROBERTO IBANZO Y PALAVICINO.

ANONCIAS RELIGIOSAS.

V.

EL ADIOS AL CONVENTO.

LA MONJA.

Tras el doble cancel del templo oscuro,
Templo y altar que á la oración convidan;

Tras el labrado y misterioso muro
Donde las siervas de la Cruz anidan,
Una muger, cordera enamorada
De aquel santo redil que el templo esconde,
Pura como la brisa regalada
Que al blando acento de la mar responde,
En la profunda soledad gemia,
Y al ¡ay! doliente de su dulce boca,
De sus ojos el sol llanto vertía
Entre la nube de la blanca toca.
Arrodillada sobre el mármol yerto
Clava en la Virgen las miradas bellas,
Que atravesaban el cancel desierto
Cual la dudosa luz de las estrellas.

¿Por qué lloraba así? ¿Por qué gemía
La azucena que el templo perfumaba,
Y en medio del silencio en que yacía
Lágrimas y suspiros devoraba?

Era el instante fúnebre y umbroso
En que espiraba el sol, y fugitivas
Las luces del crepúsculo dudosas
Trepaban por las lóbregas ogivas.

La temblorosa lámpara que arde,
De la cóncava bóveda pendía
Como el primer lucero de la tarde
Que al frente del altar se detenía.

Esclava del Señor, virgen que lloras,
Oveja santa del redil divino,
Del claustro entre las bóvedas sonoras
Tus ocultos pesares adivino.

Hondo quebranto tu semblante abruma;
Perlas derraman tus tranquilos ojos,
Y de la Iglesia al céfiro perfuma
El blando aliento de tus labios rojos.

Comprendo de tu pecho los latidos;
Comprendo, virgen, tus suspiros puros;
El mundo, indiferente á tus gemidos,
Vendrá mañana á traspasar tus muros.

Mañana, el valladar que te guardaba
No será la gigante fortaleza
Donde la pompa terrenal acaba
Y la jornada del martirio empieza.

Si, que aunque vives ignorada y sola
En ese oculto y escogido puerto,
Como en el campo tímida amapola,
Como la palma en medio del desierto;

Aunque de Dios en el jardín sagrado
Te aduermes, te embelesas y te inspiras;
Aunque está por el cielo perfumado
El apacible viento que respiras;

Aunque en calma segura te contemplo
Del hondo claustro tras la verja densa,
Rezar bajo la bóveda del templo
Donde el alma se abisma y se condensa;

Aunque la guerra con feroz bramido
No asalte de tu celda los umbrales,
Tambien llega esta vez hasta tu oído
La voz de las tormentas mundanales.

Mas si implacable la borrasca fiera
Por tu santo vergel ronca se estiendo,
Oye el rumor de la creacion entera
Que tu bendita libertad defiende.

Si, que bosques, prados y llanuras,
Dilatadas laderas y colinas,
Escondido solar, selvas oscuras,
Abandonados campos y ruinas,

Grutas, riberas, gigantescos montes,
Donde la niebla entretegió su velo,
Bordando los azules horizontes,
Gritan su frente levantando al cielo:

«Ocupad nuestros cárdenos escombros,
Y al arte bello nuestras rocas fieles,
Sostendrán colosales en sus hombros
Alcázares, palacios y cuarteles.

Mas no lleguéis hasta el hogar sellado,
La casa del Señor; el dulce puerto,
Para el bullicio mundanal cerrado,
Para la calma y la virtud abierto.

No destruyáis el huerto misterioso
Que el santo aroma del Eden exhala,
No sorprendáis el sueño candoroso
Donde la imagen del Señor resbala.

La piedra que pongáis por el camino
A las dolientes mártires del suelo,
Tal vez agigantándola el destino,

Muro se vuelva que os esconda el cielo.»

¡Ah! si perdida vuestra mente aislada
En la tiniebla fúnebre y sombría
De la mansión claustral iluminada
Con la postrera claridad del día.
Si como yo de los tumultos lejos
Ante una luz que vacilante arde
Recogieseis los últimos reflejos
De la tranquila moribunda tarde.
Si el aura blanda en impalpable giro
Os llevase al flotar murmuradora
El débil melancólico suspiro
Del triste ser que tras la verja llora:
Si en mística oración embelesada
Como imagen del cielo peregrina,
A la sierva de Dios vieseis postrada
Bajo los brazos de la cruz divina.
No perdieran su encanto y su hermosura,
Su santa unción y saludable ejemplo,
Ni el templo que idealiza la figura,
Ni la figura que embellece el templo.

Guardar la fé cual perla bendecida
Del alma pura en el vergel profundo;
Sentir de lejos palpar la vida,
Crecer los astros y rodar el mundo;
Alzar un muro gigantesco y fuerte
Que aparte del placer la penitencia;
Fingirse acaso el sueño de la muerte
En medio del abril de su existencia;
Ver de la luz la llama esplendorosa,
Y preferir, como tiniebla umbría,
En la caída otra luz que hace madrosa
Un eterno crepúsculo del día;
El bullicio trocar por el desierto;
Hacer del claustro en el rincón profundo
De una lámpara sol, edén de un huerto,
Del rezo un himno y de la caída un mundo;
Olvidar los halagos de la suerte,
De los mártirios abrazar la palma,
Esperar entre sombras a la muerte,
Sin nubes ni tormentos en el alma;
Las joyas despreciar por los sayales,
Y tras la verja tétrica y sombría
Esconder unos ojos virginales
Que el amor para el mundo envidiaría....
Es otro amor en su gigante vuelo,
Es de virtudes manantial fecundo;
Es el amor purísimo del cielo,
Y apenas puede comprenderlo el mundo.

Si alguna chispa en vuestros pechos arde
De ese amor en que el cielo se recrea,
Cuando escuchéis en la dormida tarde
La campana del claustro que vocea;
Cuanto en medio de seres que os adoran
Disfrutéis del hogar los gozos puros,
Recordad esas vírgenes que lloran
Tras los espesos y cerrados muros.
Dejad á la hermosísima doncella
Que tras los nudos del cancel se inclina,
Vivir en paz cual poderosa estrella
Que del claustro las noches ilumina.
Angelical, fascinadora y grave,
Hunde en la toca la rendida frente,
Y allá en el fondo de la inmensa nave
De sus plegarias el rumor se siente;
Ella es la rosa que perfuma el templo;
Ella es del mundo celestial viajera;
Ella es de amor y de virtud ejemplo;
Ella es de su jardín la primavera.
La sierva del Señor perecería
Sin su altar y sus sueños inocentes,
Y hasta el aura del huerto gemiría
Llorando por las vírgenes ausentes.
De aquellas melancólicas mansiones
No descorráis el misterioso velo;
No turbéis las eternas oraciones
Que al mundo lloran del furor del cielo.
No sembréis el camino con abrojos
A las que aisladas en la fé se inspiran,
Y no empañéis con lágrimas los ojos
Donde los mismos ángeles se miran.
Si crecen ante Dios embelesadas
En ese amor que la virtud enciende,

Dejadlas en sus claustros, abrazadas
A los pies de esa Cruz que las defiende.
No troquéis esos templos en ruina;
No destruyáis sus sacrosantos nombres;
No las esclavas de la Cruz divina
Penseis que son esclavas de los hombres.
No dejéis con el mundo de admirarlas
Como escogidas virginales perlas.
¡Si nos falta la fé para imitarlas,
Tengamos el valor de defenderlas!
Que piedra que pongáis en el camino
A las dolientes mártires del suelo,
Tal vez, agigantándola el destino,
Muro se vuelva que os esconda el cielo.

ANTONIO F. GALLO.

EN EL PUERTO.

MEMORIAS DE UN NAVEGANTE DEL MAR DE LAS PASIONES.

(CONTINUACION.)

Ahora dejemos los esplendentes salones del suntuoso palacio. Demos un adiós á las dulces melodías de la cadenciosa orquesta; apartemos nuestros ojos de las lámparas brillantes, de los espejos diafanos, de las alfombras malizadas, de los cortinajes bordados, de la bulliciosa reunión, en fin, que entre perfumes y flores se entrega al vértigo de los placeres... ¡de los placeres!... ¡quién sabe...!

Si tal vez mañana penetráramos en algunos retirados departamentos de otras fastuosas viviendas, podríamos encontrar por lo menos al hastío, á ese verdugo de la riqueza, irguiéndose implacable ante los fatigados ojos de alguno que tiene por todo recuerdo una serie de festines en que no ha gozado, de bailes que le han aburrido, de espectáculos que le enojan, de alguno que llena por toda esperanza la probabilidad de ver los mismos espectáculos, de asistir á idénticos bailes, de participar de parecidos festines.... ¡Y todo le cansa!

¡Adiós, morada esplendente, adiós! Vista de cerca eres engañosa decoración de teatro y como en aquellas notamos al palparlas, llenas gotas de color que te afean, y se desprendieron involuntariamente del pincel del artista: tienes... manchas, sí, no pocas manchas verdes en esas nada escasas mesas de *carté*, de *trefuit* y cuarenta ó de banca.

¡Adiós, morada esplendente, adiós! En tu seno también se alberga la avaricia del oro! Si esto observamos ¿por qué no dudar de tus lujosos adornos, que quizás á la luz del día tan solo sean oropeles?

Penetremos ahora en este modesto portal; subamos la escalera; demos un golpe seco en una puerta sin llamador; la puerta se abre como por sí sola; un lóbrego recibimiento nos deja ver á un hombre que juraríamos haber visto asomado alguna vez á las rejas de la cárcel: conteniendo el rumor de nuestras pisadas atravesemos un oscuro pasillo, abramos una mampara, y oí: ruido de dinero chocando contra raseros de metal; esto solo se escucha, y alguna voz apagada murmurando palabras breves. En torno de una grande mesa se agrupan gran número de hombres, con el sombrero puesto, casi todos fumando; todos con los ojos fijos en el centro de la mesa. Aproximémonos mas: cuatro cartas hay estendidas, un hombre con la baraja vuelta hacia abajo permanece impassible, otro enfrente apila el dinero y ordena los billetes y coloca las puestas que ruedan por el tapete: «¡juego!» dice el del semblante marmóreo, y cesan las palabras, los alientos se comprimen, y resbalan los asipes, y crece la ansiedad; y por fin, se levanta un fuerte murmullo á que se mezclan no pocas imprecaciones, y á que sigue nuevo choque de monedas y nuevas frases contenidas.

Véls el hombre pálido, cuyos ojos parecen saltar de las órbitas, es un desdichado que lleva perdida casi toda una cantidad que le confiaron en depósito: observad al otro que sonríe con amargura, guarda un par de duros y se dispone á salir, era un rico propietario que lo perdió todo al juego y hoy ha podido ganar cuarenta reales con los que confía obtener mañana nuevo desquite. Mirad ese otro de traje grisiento y mirada estúpida; también fué rico, el juego le arruinó, hoy tenía hambre, esperó á la puerta de la tumba á que saliera un ganancioso y le pidió una peseta (para pan!) después ha meditado en la probabilidad de doblar los cuatro reales y ha subido, los ha jugado, y ganó, y tuvo cinco ó seis duros y por fin quedó hasta sin la peseta: ahora observa el juego, juega de memoria y ¡ganar! Más tarde lo verá recostado en un diván del infecto salón procurando dormir....

porque ¡no tiene casa! ¡carece de hogar y de afecciones! ¡infeliz! Dentro de breves horas, cuando los albores del día iluminen con luz lágrima la habitación en que te encuentras; dentro de breves horas, cuando apenas habrás conseguido algunos instantes de fatigoso sueño, se acercarán á ti los dependientes de la casa, y sacudiéndote con dureza, te arrojarán á empujones entre palabras de sarcasmo..... ¡infeliz!

Y entonces con el cuerpo dolorido, con el alma acobardada, te hallarás en la calle sin saber á dónde dirigir tus vacilantes pasos.

¡Amargo despertar el tuyo! Los dorados rayos del sol que alegran hasta á las inocentes aveciillas, hieren de un modo insufrible tus enrojecidos ojos. El puro ambiente de la mañana te produce escalofríos. Los bulliciosos rumores del trabajo que empieza en torno tuyo á cumplir el mandato del Eterno, te aturden. Las alegres canciones de los artesanos te entristecen. El vibrante sonido de la campana del templo vecino nada te dice á tu corazón ¡infeliz!

¡Infeliz! ¡ah! ¡infeliz y bien infeliz! Tus ojos se abren á la luz de un nuevo día sin ver en tu abrigado dormitorio á una dulce esposa que se arrodilla para rezar por ti: no resuenan tampoco en torno tuyo las tiernas voces de tus pequeñuelos que te piden la bendición. Y tú tal vez tenías todo esto, y un padre virtuoso, y una madre cariñosa, y hermanos amantes y amigos fieles; ¡y todo, todo lo has abandonado entregándote al vicio fatal, para hoy verte hambriento, fatigado, haraposo y sin hogar, sin familia, sin afecciones!

¿A dónde irás ahora, desdichado? Yo lo sé: vas á una apartada taberna en que una compasión humillante te facilita un mendrugo de pan y una copa de aguardiente. Y al exhibirte durante tu tránsito verás desviarse de tu camino á las gentes honradas y laboriosas. Porque en tu miseria hay algo que repele. Diríase que en tus pupilas se han estereotipado los naipes en que sueñas, y que hay en el brillo de tus ojos algo de ese dinero en que deliras y pretendes adquirir por medios deshonestos. Sí, todos á tu paso al mirarte, se dicen: un tahir, un jugador, un ratero quizás, tal vez un futuro presidiario.

¡Infeliz! ¡cuán amargo y cuán triste es tu despertar! ¡cuán horrible tu presente! ¡cuán desconsolador tu mañana!

Yo no quisiera entristeceros, mis jóvenes lectores, pero á fuer de experimentado piloto, os he de describir por fuerza todas las aficciones de los naufragios de ese océano que habeis de cruzar un día.

Y por triste que ello sea, tras del cuadro desgarrador que os he pintado, aun queda otro mas sombrío; aun he de oscurecer mas los colores de mi paleta y he de usar otros pinceles menos suaves. Seguid leyendo.

(Se continuará.)

MESA REVUELTA.

VAMOS ANDANDO, QUE SI V. TIENE MIEDO.....

Cuadro trágico-enigmático:

PERSONAJES. (1).

El Director conabido.

Cándido.

Palanca.

ESCENA PRIMERA.

EL DIRECTOR.

(Entonacion altamente trágica)

No vi tenacidad como la suya,
Aun en laureles de victorias sueñan
No obstante no acertar con la charada
Tan fácil, tan sencilla, tan... concreta.
Leer el parlamento y no humillarse
Y gracia no pedir, rodilla en tierra,
Es loca terquedad, vano delirio,
Jactancia reprensible, audacia ciega.

ESCENA SEGUNDA.

DICHO Y CÁNDIDO.

CÁN. Noticias, Director. (Muy triste.)
DIR. (Alarmado.) ¿Qué ocurre, Cándido?

(1) Nunca nos hablamos figurado llegar á serio.

CÁN. Ocorre que hay aquí noticias frescas.
(Mostrando una carta.)

DIR. Veamos.

CÁN. Esperad.

DIR. ¿Por qué motivo?

CÁN. Porque temo leais en esta esquela
Un algo que os escite el amor propio,
Que os humille á la par y os entristezca.

DIR. ¿Serán malas noticias en tal caso...

CÁN. Son malas, y terribles, y estupendas.

DIR. ¿Políticas? (Con ansiedad.)

CÁN. (Escamándose) No tal, que ese terreno
Sabeis que nunca piso, pues me apestan
De esa señora tan voluble y vana
Las farsas y mentiras, las....

DIR. Etcétera.

CÁN. Las noticias que traigo son terribles,
Atroces

DIR. (Impaciente.) ¿Las dirás?

CÁN. Pues bien, sabedlas:

Por medio de un hidalgo, tal se firma,

Boy los descifradores parlamentan.

¿Se rinden?

DIR. ¡Ni pensarlo!

CÁN. A ver la carta

DIR. Quizás leyerais mal.

CÁN. ¡A Dios pluguiera!

DIR. (Lee el director la carta.)

Persisten en la lucha, y jactanciosos

Se rien, y se burian, y guasean....

CÁN. Me tratan de Quijote ¡desdichados! (Muy conmo-

DIR. (Con ansiedad.) ¿De qué raza?

CÁN. No lo sé, Director, á ciencia cierta,

Mas creo, me parece, me presumo

Que vengo de la raza... (Habla al oído del Director,)

DIR. (Con alegría.) ¿Sí?

CÁN. (Mas ancho que largo.) De veras.

DIR. Entonces ya respiro, triunfaremos.

Mas calla que Palanca aquí se acerca.

ESCENA ULTIMA.

PAL. Ya me han contado la fatal noticia:

Parece que á rendirse se nos niegan.

DIR. No importa, buen Palanca, porque Cándido

Es, segun dice, de la raza... (Hablandole al oído.)

PAL. (Alegre y admirado.) ¡Aprieta!

DIR. Ya veis que á no dudar, esto sentado, (Con gran con-

imposible, yo juzgo que nos vengán. (Crecimiento.)

MI plan es el siguiente. (Habla al oído de Cándido y Pa-

CÁN. Y PAL. Convenidos. lanca.)

DIR. Dejádlos, pues, señores, de mi cuenta,

Y el hidalgo y los otros que apadrina

Antes de poco pedirán clemencia;

Sigamos adelante con el duelo

Sin sombra de piedad, y en tanto llega

El día que publique el LOGOGRIFO,

Sus ojos si les cumple que entretengan

Pensando de qué raza será Cándido

Que tanto nos anima y nos alienta:

Acertijo bien fácil, que no obstante

No creo acertarán.

CÁN. Y PAL. ¡Ni de cien leguas!

(Cae el telon.)

OBRA DE LA SANTA INFANCIA.

La asociacion benéfica para proteger á los niños chinos, ha recogido en 1868 dos millones de francos, adoptando cuarenta y cinco mil niños y bautizando cuatrocientos mil súbditos del celeste imperio.

Estas maravillas solo el catolicismo las produce.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

Director: D. AGUSTIN LOBEZ.

IMPRENTA DE JOSE MARIA AYOLDI.